

y de las armas españolas, y á eso del mediodía dieron señales de comenzar á retroceder. Apretaron los castellanos, y entonces los indios se desbandaron completamente y desaparecieron entre la espesura del bosque. Cogolludo, que es el único historiador que habla de esta batalla, dice que tuvo lugar á fines del año 1527 y asegura que murieron en ella más de mil doscientos indios (15). Don Justo Sierra añade que el Adelantado perdió una tercera parte de sus fuerzas (16); pero ignoramos la fuente de donde tomó este dato, porque Cogolludo sólo dice que murieron algunos españoles y salieron heridos otros (17).

La victoria de Montejo fué decisiva. Tal impresión, sin embargo, debió hacer en su ánimo el valor de los mayas, que creyó necesario ponerse al abrigo de alguna fortaleza. Con este objeto se dirigió á Chichén Itzá, de que probablemente le había hablado su guía; y como los grandes edificios que allí encontró le parecieron una defensa suficiente contra las flechas de sus enemigos, determinó establecerse por entonces allí para comenzar su obra de pacificación. Hizo construir para sus soldados algunas cabañas de palma y de zacate, semejantes á las que usaban y usan todavía los mayas, y procuró atraerse á los habitantes de los cacicazgos vecinos con aquellas medidas blandas y prudentes que tanto se amoldaban á su carácter conciliador.

(15) *Historia de Yucatán*, libro II, capítulo VI.

(16) *Los indios de Yucatán*, capítulo I.

(17) STEPHENS, en su *Viaje á Yucatán*, tomo II, capítulo XXIV, pretende que la batalla de que acabamos de hablar se dió en el sitio que hoy ocupa una hacienda denominada *Aké*, al sur de Cacalchén. Se equivocó evidentemente el ilustre viajero. Viniendo el Adelantado de Coni ó Conil á Chichén Itzá, donde después se estableció, debió haber tocado en el pueblo que hoy se llama *Donot Aké*, donde creemos que tuvo lugar el combate con los indios. Así lo hace comprender, además, la circunstancia referida por COGOLLUDO de que este pueblo se hallaba á inmediaciones de *Chauaháá*, donde primitivamente fué fundada más tarde la villa de Valladolid.

Sea que el Adelantado tuviese un poder irresistible para captarse la voluntad de los indios; sea que éstos hubiesen quedado amedrentados con su derrota en *Aké*; sea, en fin, que fingiesen acceder hipócritamente á los deseos del conquistador, el caso es que no resistieron por entonces el establecimiento de las encomiendas, que se intentó desde entonces, como una de las concesiones más importantes de la capitulación. Con este objeto, el Adelantado hizo bajar á Chichén á los indios que habían manifestado ya disposición de someterse, les dió á reconocer sus respectivos encomenderos y les impuso de sus obligaciones, que por entonces se redujeron probablemente á abastecer de cierta cantidad de víveres al campamento.

Los indios se prestaron de tan buena voluntad á esta primera exigencia, que Montejo creyó que podía dar otro paso en la vía que se había lanzado, siempre en observancia de la capitulación, único código político de los invasores. Fundó en Chichén una ciudad con el nombre de *Salamanca* (18), y se asentaron como vecinos de ella ciento sesenta de los españoles que traía consigo.

Hasta aquí todo parecía marchar perfectamente. A fin de que los indios no perdiesen el respeto que había sabido infundirles el valor castellano, Montejo hacía salir diariamente de la nueva ciudad varias partidas armadas, que así servían para reconocer la tierra, como para recoger los tributos de las encomiendas. Sin embargo, los invasores no se hallaban contentos. Comenzaban á escasear en el campamento algunos efectos de Castilla, que no podían procurarse en Yucatán, y que era imposible sacar de los navíos, porque no se había tenido cuidado de conservar expedita la comunicación con la playa.

Había, sobre todo, una causa de descontento universal. Todas las indagaciones que se habían hecho para averiguar

(18) COGOLLUDO, *ubi supra*.

si el país producía minas de oro y plata, habían sido hasta allí infructuosas. Cuando los indios eran interrogados sobre el particular, respondían siempre negativamente con uniformidad desesperante. Pero un día circuló entre los invasores una noticia que conmovió todo el campamento. Decíase que hacia el rumbo de Bakhalal había oro en abundancia, especie que probablemente soltarían con malicia los indios, con el ánimo de dividir á sus enemigos para debilitarlos. Si ésta fué su intención, alcanzaron completamente su objeto; porque el Adelantado, haciéndose eco de la aspiración general, despachó para aquella lejana provincia al capitán Alonso de Ávila con cincuenta infantes y dieciséis caballos. Llevó instrucciones para atraer á los indios á la obediencia del rey de España, para fundar una ciudad en el asiento que creyese más adecuado y sobre todo para reconocer las minas, con cuyo objeto llevó en su compañía á un individuo bastante versado en la Minerología, llamado Francisco Vázquez.

Este movimiento fué de consecuencias desastrosas para el ejército invasor. Luego que los indios notaron que había disminuído el número de los pobladores de Chichén, creyeron llegado el momento de sacudir el yugo que se les había impuesto. Comenzaron á negar á sus encomenderos el tributo que antes pagaban voluntariamente, tal vez con la esperanza de que los castellanos abandonarían el país para no morir de hambre. Pero éstos no se hallaban reducidos todavía á tan lamentable extremo. Las partidas que diariamente salían del campamento, tuvieron ya por única ocupación recorrer los pueblos encomendados para exigir con las armas en la mano los bastimentos de que tenían necesidad. Los indios no opusieron al principio mucha resistencia; pero llegó un día en que los españoles tuvieron necesidad de librar un combate en cada encomienda. La nueva Salamanca no podía proveerse de víveres sino al precio de la sangre de sus pobladores. Y como éstos eran

pocos, Montejo calculó con espanto que si aquella situación se prolongaba por algún tiempo, su ruina era irremediable.

Para disminuir en lo posible estos encuentros, adoptó la medida de hacer salir los destacamentos antes de amanecer y con todo el secreto que se podía. ¡Vana precaución! Los indios de la comarca habían celebrado una nueva coalición con sus vecinos, y su número había llegado á ser tan exorbitante, que todos los alrededores de Chichén eran recorridos por las bandas de sus guerreros. Ningún destacamento español dejaba de tropezar con alguna de estas bandas, y si, como sucedía casi siempre, el combate se empeñaba al instante, éste era de funestas consecuencias para los castellanos, porque al estampido de sus armas de fuego numerosos escuadrones de indios acudían al auxilio de sus compatriotas, y aquéllos no tenían otro recurso que retirarse á su campamento con el mayor orden posible. Y diariamente había que deplorar la muerte de uno ó más compañeros, abandonados en el campo de batalla, y escuchar los lamentos de los que volvían heridos y maltrechos del combate.

Acaeció en uno de estos encuentros un hecho singular, que probó á los invasores el indomable orgullo de que se hallaba poseída la raza que intentaban sojuzgar. Había un ballestero español, cuya destreza había causado tanto estrago en las filas enemigas, que los indios llegaron á señalarle y jurar su exterminio. Ofrecióse á cumplir este juramento un indio que gozaba de gran reputación entre los suyos por su habilidad en disparar la flecha. Un día que el ballestero y el flechero se encontraron en el campo de batalla, comenzaron una especie de combate singular, procurando aprovechar cada uno un descuido de su contrario para herirle. El indio, que comprendió el designio del español, aparentó un instante no cuidarse de él, á fin de obligarle á salir al raso á disparar su ballesta. El español cayó en el

lazo, y apenas había salido la de jara, el maya armó su arco y disparó su flecha. Ambos quedaron heridos, el primero en un brazo y el segundo en medio del pecho. Conociendo el indio que aquella herida iba á causarle la muerte, se ahorcó con un bejuco á la presencia de los dos campamentos, para que no se dijese nunca que había sido vencido por un castellano.

La situación del Adelantado se hacía cada vez más angustiosa. El número de sus soldados se iba disminuyendo notablemente, y no podía recibir socorro de parte alguna. Varios meses hacía que Alonso de Ávila había partido para Bakhalal, y ninguna noticia se había recibido de su paradero. A juzgar por lo que pasaba en Chichén, Montejo llegó tal vez á imaginarse que el valiente contador había perecido con la corta fuerza que llevó á sus órdenes. Entonces fué cuando conoció el error que había cometido en fraccionar su pequeño ejército; porque, fuera de que la separación de sesenta soldados había debilitado mucho su campamento, hacíanle falta el valor y la experiencia del antiguo compañero de Hernán Cortés, acreditados en más de una ocasión difícil.

Pero no era aquel el instante oportuno de entregarse á un estéril arrepentimiento. Era necesario obrar con prontitud y energía. Ya no sólo faltaban á los españoles los objetos de Castilla, de que hacía tanto tiempo estaban privados, sino hasta las provisiones para su rancho diario. Los indios se habían engreído tanto con sus pequeños triunfos de los últimos días, que habían cercado completamente á Chichén, aunque á considerable distancia, porque comprendían que los extranjeros eran inexpugnables en su fortaleza. Las partidas de que hemos hablado intentaron romper alguna vez este cerco para proveerse de víveres; pero sus esfuerzos se estrellaron siempre contra el valor de sus enemigos. Montejo comprendió entonces que su pequeño ejército estaba de todas maneras condenado á perecer. Si

las armas americanas eran impotentes contra las suyas, el hambre se encargaría de destruirlo. No le quedaba mas que elegir el género de suplicio de que debía morir. El valor castellano no titubeó un momento en la elección. Pero como el enemigo no se atrevía á atacar el real, Montejo determinó salir con los suyos á buscarle.

Luego que los indios vieron á los españoles en campo raso, poblaron el aire con sus gritos, sus bocinas y atabales, y una muchedumbre inmensa de guerreros acudió al lugar de donde partía aquel estruendo salvaje. Empeñóse al instante una batalla más sangrienta todavía que la de Aké, porque el número de los indios era entonces considerablemente mayor, y se formaron el propósito de acabar en aquel día para siempre con todos sus enemigos. Inútil era que las armas de fuego sembrasen el campo de cadáveres; inútil que los jinetes desordenasen los escuadrones con sus terribles lanzas y el espanto que infundían; los dispersos volvían con algazara á ocupar su puesto, y los muertos eran reemplazados con nuevos combatientes que acudían de diversos puntos de la tierra.

Comenzaba á reinar el terror en las filas españolas. Gran número de soldados caía atravesado por las flechas, y las terribles lanzas y espadas de pedernal concluían la obra. Los caballos, esos monstruos de naturaleza desconocida, contra los cuales asestaban de preferencia sus tiros los aborígenes, arrastraban en su caída á los jinetes, y unos y otros perecían al instante, porque ninguno que caía volvía á levantarse. El corazón de Montejo se oprimía de dolor, porque ya no podía volver los ojos á ninguna dirección sin encontrarse con algunos compañeros difuntos ó luchando ya con las convulsiones de la agonía. Entonces dió la orden de replegarse á Chichén, para conservar el corto número de soldados que le quedaba. La retirada se verificó con orden, y los indios no se atrevieron á seguir á sus enemigos, no obstante que iban casi todos heridos y

que dejaban ciento cincuenta cadáveres en el campo de batalla.

El Adelantado no reconoció toda la extensión de sus pérdidas sino cuando hubo entrado en el real y hecho requisición de su gente. Quizá entonces comprendió por la vez primera que no le era posible luchar ya contra la indomable raza de los mayas. Si él se había hecho la ilusión de amedrentar á los indios con una batalla campal, la derrota que acababa de sufrir debía quitarle toda esperanza. Los elementos con que había desembarcado, estaban reducidos ya á la tercera parte, y la imposibilidad de aumentarlos y aun conservarlos le obligó á tomar la determinación de abandonar por completo á Chichén, buscando un refugio en sus navíos. Pero hasta esta retirada á las costas se hallaba erizada de peligros. Los indios continuaban velando alrededor del campamento, y no era muy fácil burlar su vigilancia. El Adelantado ocurrió, sin embargo, á una ingeniosa estratagema, que logró adormecerla en parte.

Decidida la hora de la retirada, los castellanos salieron una tarde de su campamento y se pusieron á escaramucear con los indios, á fin de cansarles é impedir con esto que velaran durante la noche. Cuando el sol se hubo ocultado en el Occidente, los sitiados se replegaron á sus estancias, y después de algunas horas de reposo se levantaron y salieron todos de Chichén, guardando el mayor silencio posible. Habían atado un perro á la lengua de una campana, y colocádole un pan al alcance de su olfato, pero no de su boca. Los esfuerzos que el desventurado animal hizo al principio para seguir al ejército que lo abandonaba, y después para alcanzar el pan de que harta necesidad debía sentir su estómago, produjeron el efecto de que la campana estuviese dejando oír sus tañidos toda la noche. Los indios, que escuchaban este ruido en el campamento, no sospecharon por mucho tiempo, ni remotamente, que hubiese sido abandonado; pero cuando los primeros albores

de la mañana revelaron la realidad á los más audaces que se acercaron á la fortaleza, rugieron de vergüenza y de cólera y corrieron en pos de los fugitivos.

Entretanto los españoles, que habían tenido la fortuna de no tropezar con ningún maya en su tránsito, avanzaban con prisa hacia el Norte, aunque no con toda la que hubieran deseado, porque se lo impedía la estrechez de los caminos. Hacia la mitad del día, la retaguardia fué alcanzada por los indios, que, como se habían dividido para buscar en distintas direcciones á sus adversarios, eran ahora pocos, comparados con los que habían asistido á los últimos combates. No obstante la disminución de su número, molestaban harto á los castellanos, y entre otros gritos con que ensordecían la tierra, los denostaban de cobardes, porque habían huído secretamente de Chichén. Algunos soldados, exasperados con tanta injuria, quisieron detenerse, para vengar con sangre esta afrenta; pero el hijo del Adelantado, que, aunque joven, demostraba ya las grandes cualidades que había de desplégar en su mayor edad, los contuvo, haciéndoles comprender que toda detención daría lugar á que fuesen alcanzados por el grueso del ejército enemigo. La insolencia de los indios era, sin embargo, tanta, que el Adelantado hubo de disponer que seis jinetes se emboscasen en lugar donde pudiesen maniobrar, á fin de alcanzar á sus perseguidores cuando enfrentasen con ellos. Cumpliéndose la orden del caudillo, y aunque los indios se desconcertaron de pronto con este ataque inesperado, hubo alguno tan audaz, que detuvo á un caballo que corría, asiéndole de una pierna, como si fuese un carnero (19). Desde este momento los mayas comenzaron á aflojar en su empeño, y cuando los españoles llegaron á las aguadas de

(19) El mismo, obra citada, libro II, capítulo IX.—HERRERA, *Historia general*.

Buctzotz, donde la casualidad los llevó, ningún indio iba ya en su seguimiento (20).

Francisco de Montejo dió allí algún descanso á sus fuerzas, y en seguida se dirigió á la costa en busca de sus naves. Encontrólas no se sabe dónde (21), se metió en ellas con los restos de su desgraciada expedición y fué á desembarcar en Campeche, no en son de conquista, sino con la moderación del que solicita hospitalidad de un enemigo generoso.

¿Qué era entretanto de Alonso de Ávila y de sus valientes compañeros?

(20) En el Museo de esta capital hemos visto una pequeña pieza de artillería, de unos tres pies de longitud, que, según nos ha informado su actual director D. Juan Peón Contreras, fué encontrada á las inmediaciones de Chichén Itzá. Se presume que sea un falconete abandonado por los españoles en su marcha precipitada hacia la costa, de que se habla en el texto.

(21) LANDA y HERRERA pretenden que los españoles hicieron el viaje á Campeche por tierra, escoltándolos por todo el camino Mux Chel, caeique de Jilam, y dos jóvenes principales de Yobain. COGOLLUDO sujeta esta opinión á una crítica muy juiciosa, y observa que, destrozado como se hallaba, el pequeño ejército de Montejo no hubiera podido hacer una travesía de cincuenta leguas entre pueblos enemigos y belicosos, por más que viajase bajo la égida de aquellos tres personajes, cuya influencia, por otra parte, no pasaba más allá de los límites de sus respectivos dominios. Si á esto se añade que COGOLLUDO se funda en la autoridad del bachiller VALENCIA, quien expresamente asegura que el viaje se hizo por mar, se comprenderá cuánta razón hemos tenido en adoptar la opinión del texto.

CAPÍTULO VIII

1528-1530

Expedición de Alonso de Avila en busca de las minas.—Fundación de otra población española en la Península.—Insurrección de los naturales.—Vanos esfuerzos que hace el contador para comunicarse con Montejo.—Medios de que se vale.—Situación extrema á que se ve reducido.—Abandona por fin á Villarreal.

Cuando sin ninguna preocupación en favor de las dos razas contendientes, nos fijamos en esos tiempos aciagos, pero heroicos, de la conquista, no podemos menos que tributar un homenaje de admiración á muchos de los hombres que desplegaron en ella cualidades extraordinarias. El corazón se estremece de espanto cuando seguimos con el pensamiento á aquellos rudos y enérgicos castellanos al través de las selvas en que se internaban, en un país que no conocían y poblado comúnmente de millares de enemigos. Tal es la impresión que ha causado siempre en nosotros la expedición de Alonso de Ávila.

Se recordará que el contador sólo llevaba consigo cincuenta infantes y dieciséis caballos. Partió valerosamente, por la angosta senda que se le presentó delante de los ojos, en busca de *Tulma* (probablemente *Tuluum*), donde según sus instrucciones debía fundar una ciudad. Los indios no cesaron de hostilizarle durante su marcha; pero él nunca se detuvo para librar una batalla, y se contentó con hacer